

<http://artnodes.uoc.edu>

ARTICLE

NODO «FUTUROS ESPECULATIVOS DEL ARTE»

Tras los duros trabajos: terapias para el nuevo milenio

Rafael Pinilla

Universitat de Barcelona

Universitat Oberta de Catalunya

Fecha de recepción: enero de 2017

Fecha de aceptación: abril de 2017

Fecha de publicación: junio de 2017

Resumen

El arte lleva largo tiempo reivindicando un futuro más pleno apelando a la emancipación individual, la autonomía organizativa o la «comunidad que viene». Paralelamente, emergen propuestas que problematizan algunos de los presupuestos estratégicos de dichas retóricas, en cuanto que resultan indisolubles de una determinada lógica cultural afín al sujeto liberal. Las apologías de un cansancio susceptible de desactivar la «violencia neuronal» que despliega el capitalismo contemporáneo (Han), la potencialidad política de la «extenuación» (Bifo) o la necesidad de «recuperar el sueño tras su asalto» (Crary) vendrían a ser coartadas programáticas que han hecho suyas numerosas prácticas y discursos que especulan con un futuro que ya no deberá pensarse desde formas de acción vinculadas a la tradición insurreccional. De hecho, no costaría demasiado vincular esas especulaciones a una larga tradición filosófica y estética que cuestionó determinada *vita activa* como paso previo para fundar un futuro mejor. El presente artículo pretende abordar las implicaciones de esas «líneas de fuga» a partir del arte y de la literatura desde sus estrechos vínculos con una coyuntura ideológica y económica que de una manera u otra sobredetermina la proliferación de futuros, que «tras los duros trabajos», solo serán viables desde terapéuticas de la renuncia.

Palabras clave

arte, futuro, trabajo, renuncia, autonomía

*After the hard work: therapies for the new millennium***Abstract**

*Art has long called for a more fulfilling future by appealing to individual emancipation, organisational emancipation and the “coming community”. In parallel, proposals are emerging that complicate some of the strategic assumptions of such rhetoric, since they are inseparable from a given cultural logic related to the liberal subject. Proposals making the case for a fatigue that is capable of deactivating the “neuronal violence” that contemporary capitalism unleashes (Han); the political potential of “exhaustion” (Bifo); and the need to recover sleep after its attack (Crary), would become programmatic restrictions that have endorsed numerous practices and talks speculating on a future that should no longer be thought of from the perspective of forms of action linked to the insurreccional tradition. Indeed, it would not be difficult to link these speculations to a longer philosophical, aesthetic tradition that challenged the so-called *vita activa* as a preliminary step towards establishing a better future. This article aims to address the implications of these “escape channels” on the basis of art and literature from the point of view of their close links with an ideological and economic situation that in one way or another overdetermine the proliferation of futures, that “after the hard work” they will only be viable through resignation therapeutics.*

Keywords

art, future, work, resignation, autonomy

Como se sabe, el futuro tiene su propia historia; por eso no estaría demás retrotraerse al pasado para abordar algunos fenómenos que de una manera u otra sobredeterminan ciertos diagnósticos y expectativas a propósito del futuro. Posiblemente, durante los años setenta se produjeron una serie de acontecimientos decisivos en lo que respecta a esos diagnósticos y expectativas; conviene recordar que por entonces el Estado keynesiano se empieza a cuestionar como proyecto ideológico en las economías avanzadas; un hecho que los *think tanks* neoliberales aprovecharán para imponer su programa reformista. En clave macroeconómica, este contexto coincidirá con la ralentización de la expansión material después de un largo periodo de crecimiento. De esta manera, los procesos de acumulación de capital se reorientan a otros sectores –el espectacular desarrollo del ecosistema financiero se inicia en aquellos años– y se consolidan otros paradigmas organizativo-productivos.¹ Junto a ello, el impulso de las nuevas tecnologías serán la antesala del *boom* de las TIC y la *New Economy*, con todas sus «oportunidades» empresariales asociadas.

La inercia de todo aquello es el escenario de hoy en día; por eso mismo, cualquier discurso que se refiera, aunque sea tangencialmente, a cuestiones como al desarrollo de las TIC, la financiarización de la economía o la reorganización del trabajo no debería

perder de vista el impacto de lo que sucede durante esos años: y, evidentemente, esa atención también debería valer a propósito de la esfera cultural y sus lógicas hegemónicas. De hecho, sin ir más lejos, se podría hablar de las implicaciones culturales del programa neoliberal y su legitimación en las últimas décadas una ideología que exalta al individuo-empresa y la eficiencia creativa como paradigma: un fenómeno cuyo reverso –uno de tantos– habría favorecido la respuesta crítica desde todo tipo de especulaciones, que en algunos casos incorporan sus correspondientes expectativas sobre el futuro. Así pues, convendría situar algunos de esos discursos –desde el diálogo con las prácticas artísticas– y sus implicaciones teóricas.

Recientemente, Byung-Chul Han ha abordado en términos psicosociales lo que a día de hoy resulta evidente. Dicho a la manera foucaultiana, el sujeto de hoy en día no precisa ser «vigilado y castigado» –disciplinado de manera coercitiva– para legitimar determinadas formas de control y de comportamiento: él mismo las asume de manera supuestamente «libre» sin consideración negativa alguna.² En efecto, la consolidación de la ética liberal con el auspicio de las nuevas tecnologías habría favorecido el autodisciplinamiento y la disponibilidad total de los individuos a partir de la consagración de una especie de lógica del *Yes We Can* –fenómenos como un trabajo

1. Para un análisis del rol que juega –y ha jugado– la financiarización de la economía y sus implicaciones sistémicas, véase Giovanni Arrighi (1999).

2. Byung-Chul Han (2012).

que reclama profesionales multitarea y reciclaje continuo, o el imperativo de asumir como viable cualquier objetivo personal, serían ejemplos de ese nuevo paradigma—. Esto supone el despliegue de una «violencia neuronal» que produce sujetos deprimidos, agotados, exhaustos, que la sociedad reconduce con mayor o menor fortuna mediante la proliferación de terapias o la medicalización creciente de la población.³

Ante semejante autofustigamiento, Han intenta apelar a la posibilidad de reubicar el potencial de la negatividad del «cansancio» citando al Peter Handke del *Ensayo sobre el cansancio* (1989), una obra que, precisamente, apunta en sus últimas páginas las posibilidades disruptivas de un cansancio particular —profundo— susceptible de revelar «lo que hay que dejar». En palabras del propio Handke:

«A la comunidad del Pentecostés recibiendo al Espíritu Santo —a todos los apóstoles— me la imagino cansada. La inspiración del cansancio dice menos lo que hay que hacer que lo que hay que dejar...»⁴

Con la figura del Pentecostés, Handke propone la posibilidad de explorar un cansancio que genere vínculos y que podría materializarse en una «comunidad del cansancio» futura, algo que no puede ser organizado como programa inicial o planificado a la manera convencional, sino que llegará después de haber superado «algo», después de haber concluido definitivamente con el tiempo de la actividad rutinaria. He ahí, por tanto, el tiempo de la comunidad del Pentecostés venidera: en cierto sentido, esa debería ser la última tarea que corresponda al individuo de hoy en día.

¿Y dónde podría atisbarse esa comunidad del cansancio? A ello parece querer responder *Soliloquy*, de Sam Taylor-Wood, un conjunto de fotografías que muestra individuos inmersos en un cansancio profundo; se diría que se trata de un cansancio definitivo, de carácter casi escatológico.⁵ De hecho, ese radical estado de abandono y de dejación propone vínculos explícitos con la tradición, en cuanto que Taylor-Wood establece su particular diálogo con el canon de la Historia del Arte. Es el caso, por ejemplo, de *Soliloquy VII* (1999) y el *Cristo muerto* de Mantegna: finalmente, la comunidad del Pentecostés habría recibido al Espíritu Santo sumida en un cansancio que se asemeja a la muerte.



Imagen 1. Sam Taylor-Wood, *Soliloquy VII*, 1999.

Al igual que Han, Jonathan Crary también ha analizado las implicaciones psicosociales de la hiperactividad actual, especialmente desde la perspectiva del desarrollo de unas nuevas tecnologías que habrían consagrado una temporalidad que él mismo denomina 24/7.⁶ Básicamente, dicha temporalidad alude a la continuidad diaria y sin interrupción de la actividad en las sociedades actuales, una actividad que no solo tendría que ver con la prolongación difusa de los horarios de trabajo, sino también con el reclamo continuo de la atención y de la toma de decisiones de los individuos. El resultado de ello es el paulatino «asalto al sueño»: un fenómeno inaudito que, debido a la diseminación de las TIC, habría colonizado la totalidad de nuestro tiempo de vida, poniendo en peligro incluso la dimensión onírica.

La disminución del número de horas de descanso reponedor o el interés experimental por el tiempo de sueño son algunos de los síntomas que evidencian el advenimiento de una realidad insomne de carácter zombie. Por lo tanto, esta amenaza que habría adoptado formas cada vez más sofisticadas e intrusivas debería conjurarse con un programa opuesto: intentar recuperar el espacio del sueño, con sus

3. El diagnóstico de Han está emparentado con el desarrollo de la sociedad de control deleuziana. Ambos diagnósticos coinciden en la transición de un paradigma disciplinario a otro en el que los sujetos ya no están sometidos al «encierro» coercitivo-disciplinario, sino sobre todo al control continuo y a la comunicación inmediata que permitiría una especie de monitorizado permanente. Para ello, véase Gilles Deleuze (2006).

4. Peter Handke (1990).

5. Ni que decir tiene que el vínculo que aquí se establece entre la obra de Peter Handke y Sam Taylor-Wood es meramente especulativo. Las presuntas conexiones y homologías entre obras relativamente «disparas» —que ni tan siquiera se contempla por los propios autores— simplemente quiere dar cuenta de una «inclinación» respecto a preocupaciones similares. En el caso de la hipotética solución a los problemas planteados —o las conclusiones— hasta el momento, competen más a la producción literaria que a la producción visual. Esta aclaración se debería tener en cuenta a propósito de todo lo sugerido en este artículo.

6. Jonathan Crary (2014).

implicaciones subversivas asociadas. Porque si no somos capaces de plantear una suerte de «resistencia onírica», la temporalidad 24/7 neutralizará cualquier posibilidad de imaginar –de soñar– un futuro mejor.

De esta manera, el capitalismo, en su fase avanzada, extrae plusvalía a costa del paulatino deterioro del sueño. De ahí que *Naptime* (2002), de Cory Arcangel, proponga un escenario inquietante desde una perspectiva afín a ese diagnóstico.⁷ En un vídeo se muestra a Mario Bros soñando plácidamente, pero su sueño es un *loop* que únicamente cambia el tamaño y el color de una superficie idéntica en su trama: seguramente porque la rutinaria funcionalidad de su «mundo diurno» –en este caso evocada en sueños de manera aún más rutinaria si cabe– habría colonizado totalmente el inconsciente del personaje. Como si Mario solo pudiera soñar únicamente que la monótona superficie de un océano digital sin profundidad alguna.



Imagen 2. Cory Arcangel, *Naptime*, 2002.

Precisamente, esa relación problemática con el sueño también la planteará Don DeLillo en *Cosmópolis* (2003), una novela ubicada en un futuro próximo, en la que el protagonista –un joven multimillonario

insomne– decide cortarse el pelo en las afueras de Nueva York en el peor día posible.⁸ Durante el largo y accidentado trayecto en una limusina –en una especie de anti-Odisea–, distintos personajes entran y salen para hablar de diversas cuestiones con una clarividencia inquietante, entre ellas el tema del tiempo y su valorización capitalista:

- Hay algo que quiero enseñarte —dijo él.
- Espera. Estoy pensando.
- Aguardó. A ella se le tensó ligeramente la sonrisa.
- Es el capital cibernético lo que crea el futuro. ¿A qué equivale esa medida llamada nanosegundo?
- Diez elevado a menos nueve.
- Que viene a ser...
- Una millonésima fracción de segundo —dijo él.
- No entiendo ni papa de eso. Pero me indica qué rigor tenemos que emplear a fin de medir adecuadamente el mundo que nos rodea.
- Están los heptasegundos.
- Vaya, me alegro.
- Y los octosegundos. La septimomillonésima parte de un segundo.
- Porque el tiempo es ahora un activo empresarial. Pertenecer al sistema del libre mercado...⁹

Al margen de las apologías del «cibercapitalismo», llama la atención el contraste entre la bulliciosa ciudad y la solitaria periferia a la que se dirige el protagonista, como si se quisiera sugerir una especie de nostalgia –en este caso, nostalgia terminal– por otra realidad social y laboral. De hecho, Packer logrará superar finalmente su insomnio precisamente en esa periferia, cuando un viejo peluquero le corte el pelo con la maestría de aquel que conoce su oficio desde siempre. Emerge así un mundo prácticamente extinto, regido por un compromiso –y también por una temporalidad– que poco tendría que ver con el de tantos cuadros gestores, profesionales liberales o *freelancers* inmersos en la ansiedad del siguiente proyecto.¹⁰

El capitalismo consagra una «movilización total»; por eso al igual que Han, Handke o DeLillo –este último desde otra perspectiva, todo hay que decirlo–, Franco Berardi Bifo ha planteado la posibilidad de una insurrección venidera catalizada, entre otras cosas, por la «lentitud, la renuncia y la extenuación».¹¹ En este sentido, Bifo cuestiona incluso el papel hegemónico de determinadas formas de acción asociadas a la tradición insurreccional y sus presupuestos estratégicos; de ahí que nada de apelar a programas indisociables

7. Para una contextualización de la trayectoria de Cory Arcangel, véase Christiane Paul (2011).

8. Don DeLillo (2012).

9. DeLillo (2012).

10. No costaría demasiado contraponer el compromiso «artesanal» que reivindica Richard Sennet –aquí representado por el viejo peluquero– al de los cuadros gestores y gerenciales que ocupan puestos relevantes en las economías actuales. Para ello, véase Richard Sennet (2009). Por otra parte, utilizamos deliberadamente la palabra *cuadro* para referirnos a la complejidad de clase en términos sociológicos. Básicamente, seguimos las tesis de los economistas Gérard Duménil y Dominique Lévy, quienes consideran el desarrollo de una estructura de clase ternaria –y no binaria– integrada por la clase capitalista, cuadros y asalariados. Para un análisis de ello, véase Gérard Duménil y Dominique Lévy (2014).

11. Franco Berardi Bifo (2014).



Imagen 3. DeLillo/Cronenberg, *Cosmópolis*.

de valores emparentados con la energía, el esfuerzo o la velocidad, todo ello demasiado condicionado por el legado de una modernidad que ha reificado una cosmovisión integral a partir de una suerte de productividad expandida, minusvalorando el potencial de otras líneas de fuga. Así pues, a partir del cuestionamiento de todo plan de acción basado en la preeminencia de la productividad, de lo que se trataría es de crear estructuras autónomas –mediadas si se terciara por el arte– para el conocimiento, la existencia, la supervivencia, e incluso la terapia, en aras de la reapropiación de un cuerpo colonizado, fragmentado y lobotomizado por el capitalismo.

Como se puede deducir de los ejemplos que se han traído a colación –se podrían destacar otros muchos–, proliferan discursos críticos y formas de disidencia que proponen desactivar el prestigio de la acción, cuestionando cualquier exceso productivista mediante el potencial antisistémico del cansancio, del sueño, de la lentitud y otros gestos poco o nada emparentados con programas de «auto-superación» o de organización política tradicional. Urge, por tanto, empezar a pensar una deliberada dejación de las lógicas culturales dominantes para intentar articular una esfera de vida autónoma que de una manera u otra cuestione un mundo sometido a una hiper-productividad de carácter difuso y sus reclamos fetichistas. Solo de este modo será posible –o cuando menos viable– empezar a forjar una vida futura más plena.

Por poco que se preste atención, en todos esos programas resuena una vieja tradición que, por motivos diversos, planteó soluciones similares. En cierta manera, de lo que se trataría es de impugnar los valores hegemónicos del presente para ir en pos de la «buena vida»: desde el retiro comunitario de los terapeutas de Filón de Alejandría hasta el idílico *Walden* de Henry D. Thoreau o las comunas hippies de los años sesenta, los ejemplos son tan numerosos como

se quiera. Y eso sin mencionar la tradición literaria y su inolvidable legado de antihéroes de la renuncia: Oblomov, *Bartleby*, *Un hombre que duerme* y todos los que hoy en día habrían recogido el testigo de la cultura del «abandono antisistémico». ¹² Se podría decir que en todos esos alegatos subsiste la misma intención a la hora de intentar articular una experiencia de deserción autónoma –individual o colectiva–, al margen de las «ocupaciones cotidianas» y la *vita activa* que presupone.

De todos modos, cuando *mutatis mutandis* la realidad que se pretende cuestionar es ese universal que se denomina capitalismo, surgen dudas en relación con programas o apologías que en última instancia se plantean en términos antisistémicos. Se trata de un viejo debate que no por ello debería resultar anacrónico, dado que se vuelven a reivindicar futuros susceptibles de alcanzarse mediante fórmulas de largo recorrido o gestos relativamente asumibles. Quizás, lo primero que habría que hacer es extraer conclusiones a partir de algo tan poco dado a la especulación como las posibilidades objetivas de esos proyectos cuando se han materializado; o lo que es lo mismo: qué comunidades, qué sueños, qué autonomía pueden servir para articular esa especie de afuera que se reivindica. Hasta el momento, la realidad resulta implacable: nunca ningún proyecto de vida autónomo –desde la Comuna de París hasta los distintos experimentos organizativos o de «retiro eremítico»– ha logrado subsistir lo suficiente y tener continuidad para erigirse como alternativa real a esa sociedad que pretendía cuestionar. La romantización de algunos de esos momentos ha sido uno de los mayores fetiches para determinados discursos críticos, y muchos de estos se han planteado y se siguen planteando desde la praxis artística.

Esa esfera de autonomía solo debería ser tomada en serio si es posible su realización más allá del discretísimo alcance que incorpora, si es posible que emerja como programa con verdadero potencial «expansivo». Y eso tiene que ver con que cualquier proyecto de vida sea capaz de tener suficiente alcance social y universalizarse: un trabajo que obligatoriamente pasa por la *ardua tarea* de construir estructuras políticas y establecer alianzas que van más allá de comunidades de individuos agotados o con ganas de soñar otros mundos. Solo desde esa ambición se podrá cuestionar la realidad: y guste o no guste, eso seguirá vinculado a formas de acción que poco tienen que ver con gestos de discutible alcance. Llegados a este punto, convendría recordar lo que Raymond Williams o Perry Anderson han dicho a propósito de las tareas pendientes de cualquier teoría crítica que se tome en serio a sí misma: una de esas tareas pasa por asumir que la actualidad implica afrontar una mayor complejidad desde la perspectiva de la hipotética materialización de una futura sociedad

12. Citar a continuación las conocidas referencias de esa tradición nos parece un ejercicio un tanto gratuito. Simplemente apuntar que en esa lista también se podrían incluir otros gestos de deserción, como los de Robert Walser –con sus «improductivos» y lúdicos paseos– o algunos de los personajes de Samuel Beckett –este desde otros presupuestos existenciales, evidentemente.

no-capitalista –en términos organizativos– que lo que supone la propia ordenación del presente capitalista.¹³

Hoy, como ayer, la realidad se tiende a cuestionar desde gestos de dejación, de abandono o de ensoñación. Se comprende que si el *telos* que han impuesto la modernidad y el capitalismo es el avance, la mejora continua y la superación ascendente –el «alpinismo ontológico» que habría llevado al olvido del Ser–, su impugnación solo podrá venir de una especie de movimiento *kenótico* que invierta el progreso.¹⁴ Una idea que en términos estrictamente funcionales parece una verdad incuestionable, qué duda cabe, pero que en lo que respecta a la alternativa de reivindicarla mediante programas de mínimos, como el sueño o el «dejar de hacer», no parece que vaya a detener el «implacable» avance del capitalismo. De hecho, la cuestión resulta crucial y ya la consideran seriamente un buen número de planificadores expertos en determinados sectores de las economías avanzadas. Es más, ni el Fondo Económico Mundial ni la Harvard Medical School han dejado de lado la cuestión problemática del estrés que implica la «cultura del nuevo capitalismo»: sobre todo porque cuestiones como la concentración o la creatividad son valores totalmente integrados en los procesos de acumulación capitalista y, en última instancia, requieren condiciones de vida favorables.¹⁵ Desgraciadamente, donde la mano de obra sigue estandarizada y es fácilmente reemplazable, el temor a que el trabajador esté estresado o «quemado» sigue ausente, aunque, como se ha visto, no falten terapias para conjurar un malestar que habría dejado exhaustos a todos.

Referencias bibliográficas

- ANDERSON, P. (2013). *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.
- ARRIGHI, G. (1999). *El largo siglo XX*. Madrid: Akal.
- BERARDI (Bifo), F. (2014). *La sublevación*. México, D.F.: Sur+.
- CRARY, J. (2014). 24/7. *Late Capitalism and the Ends of Sleep*. Londres-Nueva York: Verso.
- DAVIS, W. (2014). «La economía del insomnio». *New Left Review*. N.º 85, págs. 148-53.
- DELEUZE, G. (2006). «Post scriptum sobre las sociedades de control» [artículo en línea]. *Polis*. N.º 13. [Fecha de consulta: 29 de septiembre de 2016]. <<http://polis.revues.org/5509>>.
- DELILLO, D. (2012). *Cosmópolis* (trad. Miguel Martínez-Lage). Barcelona: Seix Barral.
- DUMÉNIL, G.; LÉVY, D. (2014). *La gran bifurcación. Acabar con el neoliberalismo*. Madrid: Los libros de la catarata.
- GROYS, B. (2016). *Arte en flujo. Ensayos sobre la evanescencia del presente*. Buenos Aires: Caja Negra.
- HAN, B.-Ch. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- HANDKE, P. (1990). *Ensayo sobre el cansancio* (trad. Eustaquio Barjau). Madrid: Alianza Editorial.
- PAUL, Ch. (2011). *Cory Arcangel: Pro Tools*. Nueva York: Whitney Museum of American Art.
- SENNET, R. (2009). *El artesano*. Barcelona: Anagrama.

Cita recomendada

PINILLA, Rafael (2017). «Tras los duros trabajos: terapias para el nuevo milenio». En: Vanina HOFMANN y Pau ALSINA (coords.). «Futuros especulativos del arte». *Artnodes*. N.º 19, págs. 21-27. UOC [Fecha de consulta: dd/mm/aa] <<http://dx.doi.org/10.7238/a.v0i19.3100>>



Este artículo está sujeto –si no se indica lo contrario– a una licencia de Reconocimiento 3.0 España de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos, comunicarlos públicamente, hacer obras derivadas y usos comerciales siempre que reconozca los créditos de las obras (autoría, nombre de la revista, institución editora) de la manera especificada por los autores o por la revista. La licencia completa se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by/3.0/es/deed.es>.

13. Perry Anderson (2013, p. 123). Puede considerarse demasiado fácil insistir en la cuestión de no pasar por alto la «complejidad del presente»; sin embargo, si se especula con formas alternativas de relación social, económica o política, nos parece que determinados programas no contemplan ni tan siquiera una mínima parte de esas problemáticas. De ahí que las expectativas «utópicas» se resuelvan hoy desde reivindicaciones de autonomía organizativa, cuyo alcance, en el mejor de los casos –si se nos permite la licencia–, no van más allá de la «reserva indígena».

14. A ese movimiento *kenótico* también se ha referido Boris Groys como estrategia privilegiada del arte para impugnar los valores hegemónicos del presente. Para ello, véase Boris Groys (2016 págs. 69-70).

15. Véase William Davis (2014 págs. 148-53).

CV

**Rafael Pinilla**

Universitat de Barcelona
 Universitat Oberta de Catalunya
 rpinillas@uoc.edu

Estudis d'Arts i Humanitats
 Av. Tibidabo, 39-43
 08035 Barcelona

Rafael Pinilla Sánchez es doctor en Historia del Arte y máster en Estudios Avanzados de Historia del Arte por la Universitat de Barcelona. Su principal línea de investigación aborda el arte contemporáneo desde sus vínculos con las transformaciones en la esfera productiva y la reorganización del trabajo. Es investigador asociado del Grupo de Investigación Art Globalization and Interculturality (AGI) de la Universitat de Barcelona, secretario técnico y de planificación de la *Revista de Estudios Globales y Arte Contemporáneo* (REGAC), miembro del Consejo Académico del Foro Economía y Cultura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, miembro de la Red de Investigación en Arte de la Universidad Autónoma de Querétaro y miembro del Consejo Académico y Editorial de la Colección La Fuente / Publicaciones de Estética y Arte de la Universidad Autónoma de Puebla. Ha publicado artículos en revistas, catálogos y plataformas en línea, ha colaborado en proyectos expositivos (Museo de Arte de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá; Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago de Chile; Pavilion, Bucarest) y ha organizado cursos y talleres que abordan las relaciones entre arte contemporáneo y reorganización del trabajo.

